MITOS Y LEYENDAS DE LA REGIÓN INSULAR

EL PIRATA LEWIS

De tiempo en tiempo el abandonaba la isla, nadie sabía con qué propósito lo hacía y luego regresaba para continuar con su vida tranquila y monótona.

Por esos azares de la vida, él se hizo gran amigo de Manuel Cobos y como sentía que su fin estaba próximo, decidió revelarle el secreto de sus viajes.

Para esto, el pirata Lewis tenía enterrado en algunas de las islas del archipiélago, el producto de lo que se cree era un asaltante de barcos, y cuando tenía apuros económicos visitaba en una destartalada chalupa, la isla donde tenía el rostro mal habido de sus robos en el pesado, y volvía con lo suficiente para solventar sus gastos por algún tiempo.

Tomaron entonces una embarcación de pesca y acompañado de cuatro marinos se hicieron al mar. Las cosas en la embarcación parecían llevarse con normalidad, pero aproximadamente a la mitad del trayecto el pirata Lewis comenzó a actuar de una manera desquiciada.

Él se había puesto totalmente descontrolado, amenazaba con hundir el barco para que todos mueran, estaba hablando cosas sin sentido gritaba y saltaba sin control y la tripulación le temía por todo lo que estaba haciendo.

Al ver las cosas inexplicables, el señor Cobos ordenó inmediatamente regresar a San Cristóbal mientras que el pirata seguía todo el trayecto de regreso delirando con sus locuras, y cuando desembarcaron en la isla, los cuatro marinos huyeron despavoridamente para ponerse a salvo de lo que pudiera hacer.

Una vez los tripulantes huyeron, él se calmó y le explicó al señor Cobos por qué tuvo que actuar de esa manera y fue porque descubrió que la tripulación planeaba acabar con ellos dos, una vez que el tesoro fuera desenterrado de su sitio.

El señor Cobos tuvo que aceptar la decisión del pirata de actuar así. Luego de un tiempo, el pirata se fue solo donde estaba el tesoro, pero dijo que volvería, pero nunca más se volvió a saber de él, aunque algunos dicen que si llegó donde estaba el tesoro, pero que murió enterrado con él, por el mal estado en el que se encontraban las islas por las tormentas y lluvias de esa época.

LA EMPERATRIZ DE GALÁPAGOS

En Galápagos en la década de 1930 solo vivían 571 personas y el gobierno ecuatoriano animaba a la gente a establecerse allí. En Europa, se vivían tiempos tormentosos y muchos emigraban hacia sitios más seguros. Tal fue el caso del dentista alemán Fiedrich Ritter quien dejó a su esposa y se fugó con una de sus pacientes, Dore Strauch.

Ella también abandonó a su marido. Como una medida sanitaria la pareja se hizo extraer todos los dientes y compartían una dentadura postiza de acero. (Eso es amor verdadero: compartir una dentadura postiza).

La pareja comenzó una nueva vida en la isla Floreana, imaginándose como una versión moderna de Adán y Eva. Preferían trabajar desnudos mientras acarreaban rocas de lava para construir un refugio, plantaban un huerto y criaban pollos. Ritter escribió cartas narrando sus experiencias que se publicaron en periódicos alemanes y eso se inspiró a otros a seguir sus pasos.

En agosto de 1932, Heinz Wittmer llegó con su esposa Margret, que estaba embarazada, y su hijo adolescente Hans. Más tarde ese año Margret dio a luz a su segundo hijo, Rolf. Los Wittmer fueron pioneros fuertes y emprendedores. Construyeron su casa cerca de un manatial, plantaron hortalizas y árboles frutales y vivían de la pesca y la caza.

De cuando en cuando recibían las visitas de miembros de expediciones científicas que les dejaban como obsequio latas de comida, herramientas, libros o algún otro artículo difícil de conseguir en el aislamiento en que vivían.

Las dos familias alemanas se llevaban bien, pero mantenían su distancia. Sin embargo, en octubre de 1932, llegaron otros europeos y desde entonces todo cambió en Floreana. Su líder era una mujer que decía que era “baronesa” y se llamaba Eloise Wagner de Bousquet.

Ella venía con sus dos amantes alemanes, Robert “Bubii” Philippson y Rudolf Lorenz. Un ecuatoriano, Manuel Valdiviezo, también formaba parte del grupo pero se fue después de un mes contando a todo el mundo que la baronesa era “totalmente loca”.

La baronesa y sus dos hombres se establecieron cerca de los Wittmer, pusieron un cartel llamando al área “Hacienda Paradiso” y dijeron a todos que iban a construir un gran hotel para millonarios.

La baronesa tenía un gran talento para promoverse. Se las arregló para que la revista “Time” y otras publicaciones escribieran historias sobre sus aventuras y sus grandiosos planes para las islas. Posaba para las fotos blandiendo un revólver y un látigo y se autodenominó como la “Emperatriz de Galápagos”.

Varias expediciones científicas llegaron a Galápagos en esos años. La más destacada fue dirigida por el capitán Allan Hancock en su yate Velero III. Ellos fotografiaron y filmaron a los Ritters, los Wittner y la baronesa y su séquito.

Pero no todo era paz y armonía en la “Hacienda Paradiso”, ya que Lorenz había bajado de categoría y en ves de amante ahora era un sirviente. “Bubi” Phillpson, se convirtieron en el preferido, y tanto él como la baronesa maltrataban a Lorenz. Además de los conflictos internos también había disputas con los Wittmer y Ritter sobre el agua que escaseaba en tiempo de sequía y otros asuntos.

Finalmente, el 27 de marzo de 1934, la baronesa y Phillippson desaparecieron. Según la sañora Margret Wittmer, la baronesa le dijo que el yate de un amigo había llegado y había invitado a la baronesa y a Phillipson a que se fueran con ellos a Tahití.

Esa fue la última vez que se vio a la baronesa. Sin embargo, ningún barco fue avistado cerca de la isla en ese día y la baronesa y Phillipson nunca llegaron a Tahití.

Lorenz, por su parte, regaló las pertenencias de la baronesa y Phillipson y trató de salir de Galápagos con gran prisa. Cuando un pescador noruego llamado Nuggerud que vivía en otra isla llegó a Floreana. Lorenz lo convenció de que lo llevara a San Cristóbal donde podía embarcarse hacia el continente.

El noruego accedió y partieron en su bote con un pequeño motor fue de borda. Hicieron una parada en la isla de Santa Cruz, donde tomaron combustible y partieron, pero nunca llegaron a San Cristóbal.

Meses más tare, un atunero americano el “San Amaro” encontró los cuerpos momificados de los hombres en la isla Marchena en la parte norte del archipiélago. Aparentemente habían muerto de sed.

Mientras tanto en Floreana, tra extraña muerte: el Dr. Ritter, quién decía que era vegetariano, murió aparentemente de botulismo porque comió un pollo mal enlatado. Algunos sospechaban, sin pruebas, que Dore Strauch lo envenenó porque la maltrataba.

Ella se fue a Alemania poco después y escribió un libro: Satanás entró al Edén. Dore murió en Berlín en un bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial. Satanás estaba muy preocupado en esos años.

Los Wittmers permanecieron en Floreana y gracias a su perseverancia y sus constantes esfuerzos prosperaron. La señora Wittmer, que murió en 2000, nunca cambió su historia. Sus hijos y nietos operan una flota turística con mucho éxito.

El misterio de lo que pasó con la baronesa y Phillipson nunca fue resuelto.

EL MURO DE LAS LÁGRIMAS, UN MONUMENTO AL DOLOR

Las islas Galápagos, antes de ser una reserva natural de Ecuador, el archipiélago sirvió como “albergue” para criminales de alta peligrosidad; es decir, llegó a ser el mayor castigo que un ecuatoriano podía tener.

¿Pero cómo este lugar paradisiaco ser un castigo? He aquí donde entra esta historia, que tal vez sea el lado oscuro de las Encantadas.

Peter, el taxista que nos lleva al Muro de las Lágrimas (Puerto Villamil, Isabela), nos cuenta que su abuelo fue uno de los policías que custodió a los 300 prisioneros que llegaron e 1946, después de la Segunda Guerra Mundial, a Isabela. “Los valientes lloran y los cobardes mueren” es el dicho que acompaña este monumento al dolor.

En Isabela operó una base militar estadounidense; pero después de la guerra, el presidente José Velasco Ibarra utilizó este lugar abandonado como el reclusorio de cientos de criminales de alta peligrosidad. En ese tiempo las islas Galápagos eran vistas como el fin del mundo.

Este era una especie de cárcel al aire libre, por lo que los presos tuvieron que realizar trabajos forzosos agrícolas, además de la construcción de su propio encierro: una muralla de piedras volcánicas.

Peter nos cuenta que la mayoría de ellas venían del volcán Sierra Negra y la muralla fue levantada humana de los cautivos.

Muchos de ellos fallecieron en accidentes, por eso el Muro de las Lágrimas es considerado un lugar de luto.

Tras 10 años de trabajos forzados, los reos se rebelaron y planearon un escape, un engaño, como si se tratara del Caballo de Troya. Una noche, los reclusos presentaron a los policías una obra teatral llamada “La fuga de los prisioneros”. Con licor artesanal, elaborado por los mismos presos, los custodios se emborracharon, mientras se divertían con la actuación.

Fue entonces cuando en una de las escenas, con la doble intención de hacerla más real, los actores amarraron a los policías, los despojaron de sus armas y vandalizaron la antigua base militar, quemándola y destruyendo sus estructuras por completo. El pánico llegó al pueblo de Puerto Villamil y sus habitantes se escondieron en una iglesia.

Luego del escape, los ex-presidiarios comenzaron una nueva vida en el Ecuador continental o en el extranjero. Solo 10 se quedaron en la isla Isabela, pues finalmente todos los prisioneros fueron indultados.

Ahora, un paredón de unos 100 metros de largo, 7 de alto y 3 de ancho es lo que queda en pie de esta historia.

Ya en 1959, cuando Galápagos fue declarado Parque Nacional de Ecuador, dejó de funcionar este penal, que ahora forma parte de un sendero de 5 kilómetros de largo, dentro de un complejo de humedades.

Iniciar la ruta en el Muro de las Lágrimas puede que sea la mejor opción; pues es conocer y palpar la tristeza y dolor, para luego dejarlas atrás y encontrarte con las maravillas del camino: manglares que te envuelven, miradores cautivadores y playas que te atrapan. Lo que es Galápagos.